

EL PACIFICO

Periódico de Intereses Generales

EDITOR, CARLOS CLAVERA

REDACTOR, SALVADOR JIRON.

Año IV }

PUNTARENAS, COSTA RICA, DOMINGO 10 DE JUNIO DE 1900

} N° 358

Lectura del Domingo

Un día de plazo.

Don Adelardo Antolín era un joven de treinta y dos años.

En otro tiempo, en el de Espronceda—pongo por caso—no se hubiera podido decir, que á los treinta y dos años era joven Adelardo, toda vez que por obra y gracia del romanticismo habíanse fijado los *treinta años* para recibir, de golpe y porrazo, todos los desengaños malditos de la vida, que así recibidos arrugan y envejecen.

De entonces acá han variado las cosas: no hay desengaños posibles, por que con el abuso se agotaron todos, y un hombre puede ser joven á los treinta y dos años, y hasta puede llegar á serlo á los cuarenta, tomando las debidas precauciones.

Adelardo era, pues, joven; era además guapo, aunque algo marchito por el derroche que hacía de la vida; era rico, por que disfrutaba una renta segura de treinta mil duros anuales; era huérfano desde los veinte, como lo es todo aquel á quien se le mueren los padres. Tenía talento, aunque buena parte de su cerebro estaba de barbecho. Con todo, en los círculos que frecuentaba, por instruido se le tenía. Y en verdad que sus conocimientos no eran muchos, pero sí esesogidos. Sabía, en el orden militar, que la Historia contaba con tres grandes capitanes: Aníbal, Cesar y Napoleón; y en el orden científico, que Newton había descubierto la gravitación universal, y que además

Newton era inglés, porque para cosas de peso no hay como los ingleses. Era admirador de Shakespeare, aunque no conocía las obras del inmortal dramaturgo más que por traducciones francesas. Por bondad de carácter concedía talento á Calderón y Lope, y hasta mostraba cierta admiración por Cervantes.

No hubiera permitido que en su presencia insultara ningún extranjero á la pobre España; pero en la intimidad no creía en nuestras glorias pasadas.

Agréguese á esto que hablaba francés, montaba á caballo, tiraba á las armas, y que era una especie de Don Juan Tenorio á la moderna.

Pues á pesar de todo, de su juventud, de su ilustración y de su riqueza, despertó una mañana tosiedo desesperadamente, con la cabeza pesada, el pecho oprimido, el cuerpo quebrantado y con palpitaciones desordenadas del corazón.

Sin embargo, como no sentía fiebre, se levantó, se fué á su despacho y se tendió en una butaca.

Más como era aprensivo en sumo grado, y su conciencia no andaba muy tranquila ni moral ni físicamente—y perdónese el adverbio,—mandó llamar á don Anselmo Salgado, que médico había sido de toda su familia, y en el cual tenía absoluta confianza.

Don Anselmo era, en efecto, un gran médico y un sabio enorme: inteligencia profunda y poderosa, gran fantasía científica y larga práctica; sus sentencias eran infalibles. Cuando afirmaba que don Fulano iba á morir tal día y á tal hora, jamás don Fulano le desobedecía,

tal día y tal hora se moría, y cinco minutos después extendía don Anselmo el certificado de defunción.

Así anunció don Anselmo la muerte del padre de Antolín, así anunció la de su madre. Y ni aquel señor ni esta señora osaron vivir una hora más que aquéllas que el doctor había fijado en sus infalibles pronósticos.

Por eso Adelardo mandó á llamar á don Anselmo. Hacía más de un año que no le veía, porque Adelardo había estado viajando por el extranjero, según malas lenguas afirmaron, en compañía de una bailarina.

Sin duda por tal motivo lo repiqueteaba y bailaba tanto el corazón en aquella triste mañana de invierno, en que tendido en su butaca y al lado de la chimenea, esperaba con cierta ansiedad la visita del médico.

Llegó éste, y médico y enfermo se abrazaron afectuosamente.

Después el médico le miró con fijeza, y Adelardo notó algo en el doctor.

Don Anselmo estaba ó se puso pálido. Sus ojos brillaron por manera extraña. Quería hablar y no encontraba palabras. Le cogió las dos manos al atribulado joven y las estrechó fuertemente.

Después los dejó caer con desaliento y él mismo se dejó caer en el sofá.

El pobre Adelardo sintió que la sangre se le helaba en las venas, y empezó á temblar como si estuviera en el período álgido de unas tercianas malignas.

Al fin esforzándose por sonreír, como se había sonreído en el pri-

mer desafío, una de esas sonrisas en que la dignidad y el miedo dividen los labios por mitad y les dan curvaturas caprichosas, preguntó el enfermo:

—¿Con que estoy muy malo, doctor?

El doctor le miró con mirada triste: los ojos se le llenaron de lágrimas, y murmuró en voz muy baja algo que el enfermo tradujo de este modo:

—¡Pobre hijo mío!

Adelardo ya ni se tomó el trabajo de sonreír. El cabello se le irizó y el corazón se desbocó del todo.

Sin embargo, recordó que todavía era hombre; dominó su angustia y dijo incorporándose en la butaca.

—¿Muy grave?

Don Anselmo replicó—Mortal.

Y aunque Adelardo tenía empañados los ojos, creyó ver una contracción singular en la boca de don Anselmo. Debía ser una contracción horrible de dolor.

Adelardo se dominó del todo, resuelto á morir en la plenitud de su dignidad; y entre el joven y el médico se entabló el siguiente rapidísimo diálogo:

—¿Es del corazón?

—Del corazón.

—Lo temía.

—Yo también.

—¿No hay esperanza?

—Ninguna.

—¿Cuántos meses de vida?

—¡Meses!—Y el maldito viejo se echó á reír. Es decir, Adelardo creyó al pronto que don Anselmo se reía, y hubo un instante en que se le ocurrió estrangularle; pero luego comprendió que aquellos sonidos extraños eran gritos angustiosos y acaso arcadas de orgullo científico; porque debe inspirar orgullo, si quiera sea doloroso, esta idea: Yo puedo tasar la vida de ese hombre, y ni un día le queda más de vida, que la que yo con mi ciencia le tase.—¡Meses, meses!—siguió murmurando don Anselmo. *Un día, solo un día.*

Con todo lo cual, se marchó don Anselmo á tropezones, sin decir una palabra, y al parecer llorando, y Adelardo se quedó más muerto que vivo.

Al fin y al cabo se repuso; recogió todas sus energías; miró cara á cara á la muerte, y pensó que era hombre, que era caballero y que era cristiano.

De suerte q' debía mostrar valor, aunque no lo tuviese; esto por el concepto de hombre. Debía liquidar todas sus deudas y dejar en orden sus asuntos; esto por lo de caballero. Y por lo de cristiano, debía buscar al padre Matías, que fué el confesor de su padre y de su madre en aquellos pasados trances en que don Anselmo les sentenció á muerte, y al propio don Matías pedirle los auxilios espirituales necesarios para morir con la conciencia tranquila y en paz el alma.

Para todo esto le concedía don Anselmo veinticuatro horas de término. El plazo era mucho mayor que el que habían concedido á don Juan Tenorio; ¡y veinticuatro horas dan mucho de sí!

Adelardo que ya no tosía ni sentía palpitations de corazón, porque virtualmente se consideraba en el otro mundo, quiso salir de éste de una manera honrosa.

Se vistió de negro, como si anticipase el luto por su propia persona.

Pidió el coche y se fué á casa de la bailarina. No por pensamientos pecaminosos, sino por pura delicadeza. Había prometido pagarle una cuenta de modista, y un caballero no olvida estas promesas ni aun al borde de la tumba.

Salió triste de la visita: era el último adios á una vida muy agradable y á una juventud muy entretenida.

Después se fué á ver al P. Matías, pero no le encontró en casa; y por matar el tiempo, ya que el tiempo le mataba á él, se le ocurrió que podría ir á encargarse una corona fúnebre. Esto era justo, delicado y decoroso. Un hombre debe cum-

plir siempre bien hasta sí mismo.

Y se encargó una corona de quinientas pesetas, mandando que en una de las cintas pensieran "Adelardo Antolín", y en la otra cinta "A su querido amigo..." Iba á repetir Adelardo Antolín, pero se detuvo.

—¿Que nombre?—preguntó el encargado de las pompas fúnebres.

—Mire Ud—Dijo Adelardo—deje usted el nombre en blanco; quiero decir en negro, toda vez que es negra la cinta; que ya se le mandará una nota con el nombre del finado.

Después se fué á escoger una losa de mármol para su tumba, y maquinalmente repetía, modificándolos ligeramente, aquellos versos del drama de Zorrilla. "En este mármol mortuario que labraron para mí..."

Con tanto sentimiento iba recitando los tales versos, que se enterneció profundamente y tuvo que marcharse á toda prisa para no romper á llorar en público.

Cuando entró en el coche lloró amargamente.

Se sentía mal, muy mal. Don Anselmo había acertado. La muerte se acercaba.

Para respirar aire fresco se bajó del coche y avanzó lentamente por la Carrera de San Jerónimo.

¡Cuanta gente! ¡Cuánta alegría! ¡Cuanta vida! ¡Cuanta luz! El cielo se había despejado y el sol brillaba en todo su esplendor.

Adelardo caminaba mecánicamente; se sentía cadáver, se sentía espectro, mejor dicho no se sentía.

Al doblar una esquina tropezó con un caballero. El caballero—que debía ser persona de mal carácter—le dijo una insolencia. El por la costumbre y sin saber lo que decía, le contestó con otra insolencia de la misma familia que la primera; y el caballero descargó sobre el sepulcral rostro de Adelardo un soberano bofetón.

El primer impulso de Adelardo fué repeler la fuerza con la fuerza;

pero luego pensó que no le quedaba tiempo para un duelo por tener que asistir al suyo, y que no era tampoco prudente morir en pecado mortal.

Saludó al agresor con suma cortesía, le dijo con voz conmovida: "Hermano, los muertos te perdonan", y siguió su camino frotándose la mejilla, que le escosía bastante.

Este incidente le elevó á las regiones de la filosofía. Me explicaré.

Adelardo se desdobló—por decirlo de este modo—Un Adelardo, el moribundo, iba marchando mecánicamente, sin pensar, sin sentir, como una sombra.

Otro Adelardo discurría con absoluta independencia, pero también mecánicamente.

¡Esta es la vida y esta es la muerte! pensaba el que pensaba. Toda esta gente que encuentro, que van á sus negocios y á sus afanes, unos alegres y otros tristes, y los más en baba, en realidad se encuentran en el mismo caso que yo, solo que ignoran la hora de su final partida. Sentenciados son para los que no vendrá el indulto, cadáveres en preparación; reos de pena capital con prórroga más ó menos larga, pero siempre breve. Sólo que ignoran el momento preciso, y una esperanza vaga y estúpida les hace creer que nunca llegará. Entre tanto los intereses y las pasiones les gobiernan.

Mi caso es el mismo y es distinto; y por que es distinto no le doy importancia á un bofetón más ó menos. Un bofetón que se deshace en toda una eternidad es poco cosa, en rigor no es nada, es la nada abofeteándose á sí misma.

Y volvió á frotarse la mejilla que se le iba hinchando por momentos.

Un inmenso desdén brotaba de aquellas filosofía para todas las cosas terrenas.

Y volvió á casa de don Matías, y no le encontró.

Le dejó una tarjeta llamándole

á toda prisa, y tristemente volvió á su casa por las calles más solitarias.

La luz del día iba cayendo, Adelardo ya ni sentía ni filosofaba, de niebla se le iba llenando el cerebro, y se tocaba las manos y se las encontraba fría.

¡Es mucho don Anselmo! ¡Maldito viejo!

Llegó á su casa, entró en su despacho, se tendió en el sofá, y así se quedó horas y horas, sin más idea que una sola, negra: con todas las negruras de la nada, y que se traducía por esta frase: "Se acabó, está se acabó"

Chisporroteaba la chimenea, el péndulo hacía tic-tac, y á compás del péndulo repetía Adelardo: "Se acabó esto, se acabó."

¡Qué noche tan horrible!

Todo jirón de sombra se le figuraba que era una de las alas del ángel de la muerte que se agazapaba en los rincones.

Todos los cordones que sostenían las colgaduras se le representaban como el rabo del diablo que andaba oculto tras los cortinajes.

Las ascuas de las chimeneas eran como los presuntos resplandores del infierno.

Los muebles del despacho eran monstruos de formas extrañas.

El mismo sofá venía á ser como el lecho mortuario en que ya empezaba á dormir el sueño eterno.

A no ser infalibles los fallos de don Anselmo, se hubiera muerto Adelardo con alguna anticipación, Y llegó el día, y penetró la luz; y Adelardo se levantó de pronto, salió como un loco, pidió el coche, se metió en él, y á escape hizo que le llevaran á casa de don Matías.

Sentía un miedo horrible y no quería morir sin confesión.

Subió, llamó, atropelló á la criada que salió á abrirle, penetró en la alcoba del sacerdote, que no se había levantado todavía y que estaba leyendo un periódico, y arrojándose de rodillas junto á la cama, empezó de este modo:

—Don Matías, don Matías, ¡que angustia, qué pena, qué dolor! Ud. no sabe... ¡Ay. Dios mío!... don Anselmo.....

—Sí, lo sé: sí lo sé—dijo don Matías. Lo dice el periódico lo estaba leyendo. ¡Qué desgracia!

—¿Eh?... ¿Qué?... ¿Cómo?...

—¡Que el pobre don Anselmo acabó de volverse loco, como se estaba temiendo por todos sus compañeros desde hace un año. Y que ayer en un ataque terrible se arrojó por el balcón y quedó muerto sobre la acera.

Adelardo se puso en pie, se le refrescó el alma como si todas las brisas de la primavera se le hubieran metido en el cuerpo. Estrechó las manos de don Matías, y diciéndole cariñosamente "volveré, ya volveré; tenemos mucho que hablar" se fué á su casa, sano de cuerpo y con una alegría inmensa, infinita, como si Dios mismo lo hubiera declarado inmortal.

Entró á su despacho y escribió la siguiente nota para el establecimiento de pompas funebres.

"En la segunda cinta, y el hueco que queda, hay que poner "Anselmo Salgado"

Porque, eso sí, pensaba Adelardo, don Anselmo era infalible; en olfateando un muerto, muerto teníamos; pero esta vez, el muerto es él.

Y respiró con fuerza. Estaba el feliz joven en el caso de los que todavía no se han muerto: había conseguido prórroga.

JOSÉ ECHAGARAY.

AVISO

Llamamos la atención del público hacia el establecimiento de calzado

LA BARATA

por constarnos que allí se vende á precios muy bajos y que todos sus artículos son fabricados con excelentes materiales.

Ahí se encuentran los famosos cigarrillos de la Habana,

«HENRY CLAY»

NOTICIAS POR CABLE ultimamente recibidas sobre la guerra anglo-boer. ¿Que será?

¿Donde los españoles! sí, señor, allí se encuentran los grandes inventos en materia de guerra; nada menos, sardinas en lata, turronec, queso-confituras y toda clase de explosivos estomacales, que revueltos con un poquito de líquido ó sustancias viñedas, producen un resultado inesperado.

También encontraréis como materia refrescante el conocido *ALMIDON DE YUCA*.

Todo ésto donde Salom Hnos.

FUERZAS EN LA FRONTERA

Desde esta fecha queda el precio de la *Harina Dayton* á \$ 7-50 al contado.

No olviden mis clientes q' tengo un buen surtido de abarrotes y, q' recibo constantemente nuevas remesas. Mercaderías siempre frescas. Precios bajos y mucha atención á toda orden que se me confíe.

Compro como siempre, y pago buenos precios, *Caucho, Cueros Pielés, Cobre viejo* y todo artículo exportable.

Me encargo de pedir toda clase de mercaderías á cualquier Mercado previo arreglo. A solicitud puedo mostrar catálogos, listas de precios etc.

Puntarenas, Marzo 21 de 1900.

S. SARAIVA.

Apollinaris

"LA REINA DE LAS AGUAS DE MESA."

Las grandes cantidades del Agua Mineral Natural APOLLINARIS embotelladas y vendidas en el Manantial Apollinaris, Prusia Rinana, Alemania, como sigue, demuestran su siempre aumentando popularidad en el mundo entero, debido á su pureza absoluta:

1888	12,720,000	Botellas.
1898	23,020,000	"

"L'ACADÉMIE DE MÉDECINE de France" ha puesto el APOLLINARIS á la cabeza de todas las aguas examinadas, por su PUREZA.

Casa de Préstamos y Establecimiento "El Bebedero"

VINATERIA — TAQUILLA — PULPERIA

situado en la casa que fué de don Eudoro
Scott, Calle de Las Palmas.

Su propietario ofrece al público en general y á su numerosa clientela y demás amigos, el mejor y más esmerado servicio y prontitud en el despacho, procurando complacer los deseos de sus favorecedores.

También vendo 200 manzanas de terreno inculto y abierto, que poseo en el punto llamado *Humo*, jurisdicción de Esparta, á 30 minutos de camino de dicha ciudad, á razón de \$ 10-00 manzana, sea al contado ó á plazo.

Para condiciones entenderse con

ROSA ARAYA

Puntarenas, 18 de Febrero de 1900.

MAQUINA DE ESCRIBIR

New Century Caligraph

Es la más perfecta y moderna hasta ahora inventada.

Su fama es universal.

Tendremos sumo gusto en enviar el catálogo ilustrado y descriptivo á quien nos lo pida.

AMERICAN WRITING

MACHINE COMPANY

Broadway, 613 New York. E. U. A

BOTICA

El Globo

DE

Manuel Barahona

En este nuevo y acreditado establecimiento encontrará el público un completo surtido de drogas puras, medicinas de patente y objetos de tocador. Esmero especial en el despacho de recetas, trabajo garantizado y precios sumamente módicos.

Y ocupa el mismo local en que estuvo la Botica La Comarca. Cada mes aumenta considerablemente su existencia y recibe nuevo y completo surtido de medicinas.

Ocurrase á ella para convenirse

Puntarenas, 11 de mayo de 1900

Al público

El suscrito, en su calidad de PROCURADOR JUDICIAL, ofrece sus servicios.

La persona que le busque le encontrará en los bajos de la casa de la señora Balta Molina, frente al Parque; ofrece actividad y exacto cumplimiento en los asuntos que se le encomienden.

Puntarenas, febrero 9 de 1900.

Víctor M. Lehericy

SE VENDE

Una COCINA de HIERRO regular tamaño propia para familia ó para hotel. Es nueva, tiene horno y tanque para agua caliente. En esta imprenta se informará.

Imprenta de El Pacífico